

Luces en la niebla

RAFAEL ARMANDO RIVERA

**LUCES EN LA
NIEBLA**

Luces en la niebla

4

Agradecimiento:

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a mi esposa Sueli, por sus consejos y sus valiosas aportaciones de ideas que me fueron de mucha ayuda para la elaboración de la trama, y en especial, para el desenlace de esta.

Luces en la niebla

Capítulo 1

Había estado lloviendo toda la noche y el cielo seguía encapotado, presagiando un día húmedo y gris. José Luis abrió los ojos lenta y dificultosamente. Sentía una profunda pesadez en todo el cuerpo, estaba agotado; no en balde había pasado gran parte de la noche despierto, dando vueltas y más vueltas en el lecho. Había tenido otra de esas horribles pesadillas que desde hacía más de tres meses venían convirtiendo sus sueños en una tortura. Se veía correr por un oscuro túnel, al fondo del cual brillaba una luz dorada; corría y corría sin cesar, pero a cada paso aquella boca de lobo parecía hacerse más larga, como si fuera un tubo flexible que se estiraba más y más. Pasados unos instantes, comenzaba a escuchar leves murmullos ininteligibles. Sudoroso y temblando de pies a cabeza, despertaba súbitamente y se encontraba con la mirada angustiada de Teresa, su esposa. Ella, cansada ya de tan insostenible situación, le había convencido de que acudiera a la consulta del psicólogo Julián Casares, un hombre bonachón y campechano, en cuyo rostro redondo resaltaban sus ojos de aspecto cansado, una gruesa nariz y un bigote gris, el cual tenía su despacho en el casco viejo de Madrid. José Luis se sometió pacientemente a largas y tediosas sesiones de psicoanálisis, y durante varios días procuró seguir al pie de la letra las indicaciones del psicólogo. Pero de nada sirvieron los métodos de Casares contra las misteriosas pesadillas. El tiempo pasaba y éstas parecían ir en aumento. Por ello, José Luis llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo y decidió buscar remedio en otro lugar y con otros métodos menos ortodoxos. Sabiendo que Teresa no aprobaría su decisión, optó por no hacerla por el momento partícipe de sus planes. Pensó que ya encontraría la ocasión propicia.

Giró la cabeza hacia su mesilla de noche y miró las manecillas fluorescentes del despertador. Sintió un leve entusiasmo, una emoción infantil, al descubrir que todavía le quedaban unos pocos minutos de descanso. Cada noche antes de acostarse conectaba el despertador, para que el grave zumbido sonara exactamente a las siete de la mañana, pero lo cierto es que generalmente no era necesario, pues él se despertaba antes y permanecía en la cama muy quieto, con los ojos abiertos, observando en la semioscuridad las informes figuras de los muebles del dormitorio. Eran unos minutos en cierta manera agradables, a pesar de la perspectiva inmediata de levantarse para comenzar el trabajo de todos los días. Le gustaba dejar que su mente volara lejos, fantaseando la mayoría de las veces y, en algunas ocasiones, pasando revista a su vida.

José Luis Sáenz Peraleda, viajante de comercio, con 40 años recién cumplidos, era un hombre de estatura media, cabellos oscuros ligeramente ondulados, ojos castaños, y nariz prominente. La redondez de su abdomen atestiguaba las muchas horas que pasaba en el asiento de su automóvil. No era un hombre obeso, aunque tenía tendencia a subir la aguja de la balanza en cuanto se descuidaba un poco en la alimentación. Procuraba comer bien, pero sin pasarse, sobre todo desde que Nicolás, su amigo vegetariano, le atacara una y otra vez con sus argumentos en contra de los “desnaturalizados hábitos alimenticios del hombre moderno”. Nicolás era un tipo raro. A Teresa no le gustaba, y desde luego no hacía nada por disimularlo. Nicolás pertenecía también a un grupo de personas estudiantes y practicantes del espiritismo, que se reunían regularmente en un Centro Espírita, y José Luis le había acompañado algunas veces, aunque no estaba de acuerdo con algunos de los planteamientos de aquella doctrina. Para Teresa, Nicolás no era más que un chiflado y un excéntrico que se pasaba el día

hablando de reencarnaciones, de cuerpos astrales, de cosas, en definitiva, que ella consideraba extrañas y disparatadas.

José Luis no era lo que se dice un triunfador, pero tampoco podía quejarse de su suerte. Su profesión le había permitido conocer muchas ciudades y pueblos, siempre en compañía de su inseparable maletín de piel auténtica, regalo que su padre le hiciera cuando terminó el Bachillerato. A veces, movido por un impulso, gustaba de acercarse a él su gruesa nariz y sentir ese olor característico que probaba la calidad del material. Aquel trabajo de viajante no era precisamente el anhelo de su vida, pero le permitía tener iniciativa e independencia y organizarse a su manera. Además, ganaba lo suficiente para poder afrontar con holgura los gastos de su hogar. Cuando era estudiante había soñado con ser todo un señor empresario, propietario de una gran oficina. Más de una vez se imaginó sentado frente a un enorme escritorio entre paredes forradas de madera, con los pies descansando sobre una gruesa moqueta. No había podido realizar aquel sueño, pero su padre sí se había preocupado de presentarle a un viejo amigo representante de artículos de regalo, muy introducido en el negocio y con suficiente influencia ante los fabricantes como para poder recomendar con éxito al hijo del señor Sáenz. Y es así como José Luis se encontró de pronto convertido en viajante, con el carné de conducir recién sacado y un viejo vehículo de ocasión, además del inseparable maletín que olía a piel auténtica.

José Luis bostezó hondo y largamente antes de dirigir su mano hacia el interruptor de la lámpara. La luz al encenderse fue como el foganazo de un flash para su cansada vista. Se frotó los ojos y los cerró unos instantes. Su esposa se movió, acurrucándose aún más en el lecho. A él le gustaba contemplarla cuando dormía. Parecía tan inocente..., tan indefensa... A sus treinta años era una mujer que conservaba

íntegra la frescura de la juventud, con aquellos largos cabellos castaños, los ojos azules y un rostro ovalado. Las pequeñas arrugas que comenzaban a insinuarse en los ojos y en la frente constituían sin lugar a duda un nuevo atractivo. José Luis se distraía a menudo recordando cómo la había conocido, hacía ahora unos cinco años. No fue en una fiesta, ni a través de amigos comunes... Fue en un viaje a Grecia, confundidos ambos entre un tropel de turistas despistados, cámaras de fotos en bandolera, gafas de sol, sudor y fatiga de horas de andar contra reloj de un lado para otro. Y entre columnas milenarias, entre los ecos de un lejano pasado, José Luis había descubierto de improviso aquellos grandes ojos claros y redondeados como aceitunas, bajo finas cejas remarcadas por el lápiz de maquillaje. En un abrir y cerrar de ojos se había prendado de aquel rostro de pómulos poco prominentes, bastante sonrosados por el colorete, y de aquellos labios carnosos que sonreían complacientes. Pensó que aquella boca había nacido para besar y ser besada hasta la saciedad, y se apretó a ella con avidez en el primer beso, entre los árboles de un exótico jardín. Cinco años... Las cosas fueron bien; mejor al principio, pero bien, aceptablemente... Ahora su vida, hasta hacía poco tiempo feliz y tranquila, se había ensombrecido por aquellas disparatadas pesadillas. Muchas veces se quedaba sumido en profundos pensamientos, preguntándose cuál podría ser el significado de esa carrera por el túnel negro hacia una luz que nunca conseguía alcanzar.

Cuando José Luis salió a la calle la ciudad ya había despertado, y la larga y ancha serpiente de asfalto que pasaba frente a la casa, comenzaba a llenarse de vehículos que iban de un lado a otro vomitando monóxido de carbono y rugiendo estrepitosamente. José Luis embutió sus manos en los bolsillos de su abrigo gris, se acomodó las solapas y, volviéndose, alzó la mirada hacia el tercer piso del edificio de

paredes claras que acababa de abandonar. Desde la acera se podían distinguir claramente las cortinas de color blanco de su dormitorio. Se sentía orgulloso de aquella vivienda, no en vano le había costado un gran esfuerzo conseguirla: miles de kilómetros recorridos bajo un sol abrasador o en medio de lluvias torrenciales o de fuertes nevadas. Dio un suspiro y se dirigió directamente al lugar donde tenía aparcado el automóvil. Era algo especial lo que sentía por aquella vieja máquina pintada de un verde ya descolorido por la intemperie. Y es que su coche no era sólo su herramienta de trabajo, sino también su compañero de viaje y un fiel amigo. Estaba seguro de que, si algún día tenía que verse obligado a desprenderse de él, lo echaría de menos. Sentado al volante y con el maletín a su lado, extrajo de uno de los bolsillos del abrigo un paquete de cigarrillos rubios. Fumaba poco y evitaba el tabaco negro que le irritaba la garganta y a veces le congestionaba las fosas nasales. Con un movimiento mecánico, cogió el mechero de la guantera. La pequeña llama azulada chamuscó primero y prendió después la punta del cigarrillo. Un hilo delgado subió serpenteando hasta el techo, llenando el ambiente de aquel conocido tufillo a tabaco quemado. José Luis aspiró el humo con deleite, llenando los pulmones y constatando, una vez más, que fumar a esas horas parecía atenuar los efectos de las bajas temperaturas. Introdujo la llave en el contacto y puso en marcha el vehículo. El viejo motor gimió lastimosamente y se resistió a ponerse en marcha, como protestando por haber sido despertado tan temprano. “¡Venga, venga, que tengo prisa!”, exclamó José Luis, e insistió. Era cierto que tenía prisa. Le había dicho a su mujer que tenía que pasar toda la mañana con unos clientes. Ella, acostumbrada al tren de vida de su marido, no sospechó nada, no tenía motivos para hacerlo. Pero lo cierto es que José Luis estaba dispuesto a llevar adelante una idea que

Luces en la niebla

desde hacía varios días le venía rondando por la cabeza. La pesadilla de esa noche había colmado el vaso de su paciencia.

Cuando el vehículo se puso finalmente en marcha, José Luis penetró en la ancha calzada y se sumó al numeroso tráfico que por ella fluía.

Capítulo 2

Nicolás estaba impaciente. Intuía que estaba a punto de presentársele una buena ocasión de estudiar un caso interesante. Había leído mucho acerca de experiencias de todo tipo y había sabido de hechos asombrosos contados por los propios protagonistas o por testigos, pero lo de su amigo José Luis parecía francamente prometedor. Sentado en un sillón tapizado de material plástico que formaba parte del humilde pero cuidado mobiliario de su pequeña salita, intentaba distraerse leyendo un libro de Parapsicología; pero sus ojos tenían que recorrer varias veces cada párrafo antes de que lograra captar el significado del texto. Exasperado, cerró finalmente el libro y lo apartó a un lado. Con las piernas cruzadas y el brazo izquierdo descansando sobre el respaldo del sillón, esperó.

Nicolás Díaz era un hombre más bien serio, y la espesa barba que poblaba su rostro y ocultaba su cuello contribuía a resaltar esa permanente expresión de severidad que le caracterizaba. Tenía treinta y tres años, aunque aparentaba cuarenta. Conoció a José Luis una noche en el transcurso de una conferencia sobre Mediumnidad que dictaba un profesor de una universidad. José Luis le había caído bien desde el primer momento, quizás porque demostró ser una persona de mente abierta en el intercambio de opiniones que sobre el contenido de la charla habían llevado a cabo entre ambos. Nicolás no podía perdonar dos cosas: que alguien intentara hacerle comer carne y que se burlase de sus ideas y creencias. Detestaba a los científicos que negaban “a priori” cualquier hecho que se saliese de los parámetros conocidos. “Lo peor que puede hacer un científico -- decía -- es afirmar o negar un hecho antes de haber recabado información veraz y precisa acerca del mismo. El deber de

todo científico, mayor aún que el del hombre corriente, es precisamente analizar, investigar, estudiar y, sólo entonces, emitir un juicio”.

Sonó el timbre y Nicolás se levantó de un salto. Con paso ágil se dirigió al vestíbulo y descorrió los cerrojos que cerraban la puerta de entrada. Al ver el rostro redondo y la inconfundible narizota de su amigo, sus labios se alargaron ligeramente en una sonrisa. Tras darle los buenos días y unas efusivas palmadas en la espalda, le invitó a entrar. José Luis se encaminó a la salita y allí se quitó el abrigo, colocándolo seguidamente sobre el respaldo del sillón que tenía más a mano. Aunque el piso de su amigo era modesto tenía calefacción central, y esto era algo muy de agradecer en semejante día. Se acomodó en el asiento mientras sentía cómo de sus manos y de su rostro comenzaba a desaparecer el frío de la calle.

Nicolás fue el primero en hablar del tema que les había reunido. En tono confiado pidió a su amigo que le narrase con detalle todo cuanto le estaba sucediendo. José Luis, tratando de ser lo más explícito posible, comenzó su relato.

-- ¿Cuánto tiempo hace que tienes esas pesadillas? -- inquirió Nicolás con las manos sobre las rodillas y el cuerpo inclinado hacia adelante.

-- Tres meses.

-- ¡Uf! - exclamó Nicolás dejándose caer hacia atrás en un brusco balanceo -- Ya se te nota en la cara; estás muy desmejorado.

-- ¡Pues si vieras cómo está mi mujer...!

-- ¿Sabe ella que has venido a verme para hablarme de esto?

José Luis hizo un gesto elocuente que bastó como respuesta. Nicolás no ignoraba la poca simpatía que inspiraba a la esposa de su amigo.

-- Tengo que encontrar una solución -- dijo José Luis con vehemencia --. He venido a verte con la esperanza de que se te ocurra alguna. Si esto no se arregla, creo que acabaré volviéndome loco.

Nicolás reflexionó unos instantes. Su expresión, normalmente seria, se había hecho aún más grave. Por un momento pensó si no sería aquello demasiada responsabilidad para él.

-- ¿Has leído algo acerca de experiencias vividas por personas que han vuelto a la vida tras haber sido consideradas clínicamente muertas? -- preguntó de improviso.

A José Luis le hubiera gustado decir que sí. No podía evitar sentir cierto complejo cuando alguien le preguntaba por algo que no conocía en absoluto.

Nicolás se puso en pie y le indicó con la mano que aguardase un momento. José Luis permaneció sentado, con el ceño fruncido, mientras su amigo se dirigía a su dormitorio. Era éste una habitación de reducidas dimensiones que tenía el mismo aire de austeridad que se respiraba en el resto de la casa. El mobiliario, de estilo clásico, se componía de una cama con cabecero de madera barnizada y una mesilla de noche. Frente a ellas se alzaba un armario de una sola puerta que en tiempos mejores debió ser hermoso. Las sobrias paredes blancas estaban decoradas con láminas de motivos abstractos en los escasos huecos donde no existía una estantería de fabricación casera atestada de libros. Nicolás anduvo revolviendo un montoncito de ellos colocados junto a la mesilla hasta que sus manos encontraron lo que buscaba.

-- Voy a leer algunos testimonios de estas personas -- dijo alzando la voz mientras retornaba a la salita. Una vez allí, se sentó con las piernas muy juntas y buscó entre las páginas del libro el párrafo que le interesaba. José Luis le observaba con atención. Se preguntaba si no habría sido mejor no confiar su problema a Nicolás. Sin saber por qué, ahora se sentía un

poco ridículo. Sus ojos seguían el movimiento de las manos de su amigo, el cual parecía tener dificultades para hallar el texto deseado.

-- ¡Ajá! -- exclamó de pronto Nicolás con aire de triunfo -- Escucha con atención, por favor: “Sentí una gran paz, no tenía miedo, y de pronto me sentí en un túnel, un túnel negro de círculos concéntricos.” -- Al llegar a este punto, Nicolás intercambió una mirada con José Luis y después continuó leyendo:

-- “Me encontraba en un hueco oscuro y negro y oía un fuerte zumbido. Sentía como si me moviera en el vacío a gran velocidad. Al fondo había como una luz dorada y brillante. Estaba consciente y pensaba que me encontraba en una especie de cilindro.”

Nicolás cerró el libro con aire solemne y, mirando fijamente a su amigo, añadió:

-- En la mayoría de estas experiencias sucede como acabas de escuchar: aparece un túnel oscuro al fondo del cual hay una especie de luz brillante y dorada. A veces existe también una puerta. En otras ocasiones, los protagonistas del fenómeno oyen ruidos, zumbidos, y ven a un ser luminoso que irradia una gran paz. Hay pues cierta similitud con tus pesadillas.

José Luis estuvo a punto de preguntarle dónde encajaban las voces que murmuraban, pero Nicolás continuó hablando como si le hubiera leído el pensamiento:

-- Sin embargo, que yo sepa, nunca se han oído voces. Los testigos, en cambio, dicen que pueden comunicarse telepáticamente tanto con ese ser luminoso como con otros seres que pueden encontrarse más allá del túnel.

Ahora José Luis no se detuvo.

-- En resumen -- dijo --, que mis pesadillas guardan una gran semejanza con las experiencias “post mortem”, ¿no es así?

Nicolás asintió con la cabeza.

-- Pero no se trata de la misma cosa -- prosiguió José Luis animado --; yo oigo voces y no experimento precisamente una gran paz. Es más, yo diría que siento pánico. Además, no he muerto, estoy durmiendo.

Nicolás colocó el libro sobre su regazo, entrelazó los dedos de las manos y, sin hacer mucho caso al comentario un tanto irónico de su amigo, replicó:

-- Se me ocurre una posible explicación. Ya te hablé en otra ocasión del cuerpo astral o periespíritu, que como sabes es nuestra parte etérea, el envoltorio del espíritu. Sabemos que, gracias a esto, mientras dormimos nuestro espíritu se puede liberar. Tu caso es raro, desde luego, pero podría ser consecuencia de ello. Mira, mi hipótesis es la siguiente: Mientras duermes, tu parte inmaterial se separa de la física y entra en el mundo invisible, pero por alguna causa que desconocemos, en un determinado momento el viaje astral se interrumpe y ello te hace vivir sensaciones similares a las que experimentan quienes han sufrido experiencias de casi muerte y han sido reanimados. La causa podría ser un bloqueo de tu subconsciente. Los murmullos podrían proceder de entidades espirituales.

José Luis se había quedado perplejo. Le asombraba que alguien pudiera hablar con tanta naturalidad de cosas tan fantásticas. Él admitía la existencia de fenómenos paranormales, pero de eso a creer, ni siquiera como posibilidad, semejante explicación, mediaba un abismo. No quería sin embargo herir los sentimientos de su amigo y optó por no manifestarle sus dudas. Sí le pidió en cambio que fuera más explícito, y Nicolás, a quien no había que animarle mucho para que se lanzara, se explayó en lo que a José Luis se le antojó como una pequeña conferencia. Ciertamente aquel hombre disfrutaba escuchándose a sí mismo, se recreaba en cada frase como paladeando cada bocado de un succulento manjar. Pero al mismo tiempo sabía ser persuasivo; hablaba

con tal énfasis, con tal convicción, que si se le prestaba atención resultaba difícil que sus argumentos no acabaran pareciéndole verosímiles al más incrédulo. Y eso le sucedió a José Luis: las palabras de su amigo no cayeron en saco roto, y al cabo de unos minutos no sabía ya qué pensar.

-- Tengo una amiga que quizás pueda ayudarnos -- concluyó Nicolás conservando aún su aire doctoral --. Se llama Lola y es una médium vidente extraordinaria, con facultades demostradas.

-- ¿Y crees que ella podría quitarme las pesadillas? -- se atrevió a preguntar José Luis algo receloso y al mismo tiempo esperanzado.

-- Creo que puede sernos de gran ayuda -- respondió Nicolás --. Me pondré en contacto con ella y cuando acordemos una cita, te avisaré.

José Luis no pudo evitar soltar una risita que llevaba unos segundos pugnando por salir.

-- ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? -- preguntó Nicolás algo molesto.

-- Me imagino... me imagino la cara que va a poner Teresa cuando sepa lo de la médium.

Capítulo 3

Había poco tráfico en la carretera y José Luis conducía a velocidad moderada, con las ventanillas completamente cerradas y la calefacción al máximo. El calorcillo interior y el ronroneo del motor constituían un atractivo adicional en los viajes, sobre todo en los de largo recorrido. Como viajante experimentado que era, sabía que la radio es uno de los remedios más eficaces contra el sopor, por eso había mandado instalar un aparato estereofónico en el coche y solía deleitarse escuchando sus piezas musicales favoritas, al tiempo que las tarareaba y marcaba el ritmo con leves movimientos acompasados de sus manos. Le gustaba conducir, era algo que le producía una agradable sensación de libertad y que, en ocasiones, dependiendo del paisaje, hacía volar su imaginación. Lo peor era el verano. Con la chapa del coche ardiendo, de nada servía abrir las ventanillas y dejar que el aire entrase a ráfagas. Teresa le había sugerido en muchas ocasiones que pusiera aire acondicionado en el automóvil, pero él nunca se había decidido a hacerlo. Además de su elevado precio, José Luis sabía que estos aparatos restan fuerza al motor, y él no estaba dispuesto a sacrificar ni un ápice de velocidad. Su auto, a pesar de su edad, devoraba rápidamente los kilómetros.

José Luis se dirigía a la provincia de Segovia, donde se proponía ver a varios de sus mejores clientes y visitar después a su hermano Antonio, y a Luisa, su sobrina de doce años, esa niña encantadora de cabellos largos color castaño y ojos de avellana, tan alegre y dicharachera, a quien desde muy pequeña había llenado de mimos. Cuando Luisa sonreía, y era algo que hacía muy a menudo, se marcaban dos hoyuelos en sus mofletes sonrosados. Era verdadera debilidad lo que José Luis sentía por ella, y siempre que le era posible,

procuraba llevarla con él en sus viajes, “para que conozca mundo”, decía, aunque costaba convencer a sus padres, que siempre argumentaban que la carretera les daba miedo. Ahora, mientras viajaba hacia Segovia, José Luis pensaba con pena en la niña, quien había sufrido recientemente una caída al intentar escalar una tapia. Tenía al parecer una pierna escayolada y diversas magulladuras por todo el cuerpo; pero lo peor era que el médico le había recomendado reposo, y eso era algo que chocaba grandemente con la naturaleza de Luisa, siempre activa e inquieta. Por todo ello José Luis había alterado la ruta que debería haber seguido, decidiendo acercarse primero a San Ildelfonso para realizar su trabajo y dirigirse, ya al atardecer, a Segovia. Si todo iba bien, podría regresar a Madrid a una hora prudente.

Teresa se mostró muy disgustada por no haberle podido acompañar, pero tenía que asistir a una importante reunión de una asociación musical a la que pertenecía. Había crecido en el seno de una familia amante de la buena música y desde muy niña había sabido disfrutar de las obras de los compositores clásicos. Cuando cumplió los siete años, su padre, verdadero melómano y entusiasta de Bach, la matriculó en el Conservatorio. El buen señor acarició durante años la idea de que su hija, su “pequeña”, aprendiese a tocar el órgano. “¡Quién sabe! -- solía comentar con su mujer --, cualquier día tu hija nos interpreta la Toccata y Fuga en Re Menor. Hay que insistir, hay que insistir...” Pero la muerte le sorprendió sin que pudiese ver cumplidos sus deseos.

Ya en San Ildelfonso, José Luis comenzó su ronda de visitas en la tienda del señor Martín, un magnífico cliente bastante chapado a la antigua. José Luis se esmeraba todo cuanto le era posible para que los pedidos del señor Martín fueran recibidos con prontitud. A continuación, acudió a ver a Doña Remedios, una señora obesa, ya madura, quien a juzgar por los rasgos de su rostro que todavía conservaba cierto

encanto, debió ser muy guapa en su juventud. Siempre que veía a José Luis le hacía las mismas preguntas:

-- Y su señora, ¿qué tal está?

-- Muy bien, gracias, Doña Remedios.

-- A ver si algún día la trae usted por aquí, para que la conozcamos. ¿Se quedará usted en el pueblo?

-- No; espero marcharme cuando termine el trabajo.

Tras las corteses palabras, ambos se inclinaban sobre el largo mostrador de madera y ojeaban los catálogos, hablaban de precios, de tamaños, de calidades...

Cuando José Luis se despidió de Doña Remedios con un “hasta la próxima”, eran casi las dos de la tarde, por lo que decidió irse directamente a comer al restaurante de siempre. Miró unos instantes el cielo nublado y pensó que había cometido una imprudencia al dejarse el paraguas en casa.

-- ¡Buenos días, Ángel! -- saludó al camarero acompañando la frase con un ademán.

-- ¡Hola, Don José Luis! Otra vez por aquí, ¡eh?

-- Así es, así es, no hay más remedio que trabajar -- contestó José Luis frotándose las manos con rapidez para generar calor.

-- Hace frío -- comentó el camarero observando los movimientos del cliente --. Y, además, va a llover con ganas.

-- En Madrid también hace mal tiempo.

-- ¿Qué le pongo para beber?

-- Cerveza, como siempre. Oye, ¿puedo pasar ya al comedor?

Ángel asintió mientras buscaba una botella de cerveza en el frigorífico. Acto seguido, la destapó y vertió el espumoso líquido en una jarra de cristal. José Luis aspiró complacido el suave aroma. Aunque era poco bebedor, la cerveza y el ron le gustaban, sobre todo cuando tenía tiempo para paladear su sabor.

El camarero cogió un platillo blanco de entre los muchos que se alineaban en la estantería y valiéndose de un

palillo, buscó el mejor aperitivo que encontró. José Luis devoró con avidez el delicioso “pincho” de tortilla española con pimiento frito.

-- ¿Volverá usted hoy a Madrid? -- preguntó Ángel.

-- Esta tarde iré a Segovia, y si me da tiempo regresaré a casa por la noche.

-- Pues tenga cuidado, que hay un trozo de carretera bastante malo, lleno de baches.

José Luis cogió la jarra de cerveza y se dispuso a entrar en el comedor. Junto a la barra del bar había una puertecilla que daba acceso a una habitación bastante grande poblada de pequeñas mesas, cada una de ellas con cuatro sillas a su alrededor.

-- ¿Qué es lo más rápido que podéis ofrecerme para comer? -- preguntó al camarero que aguardaba su pedido con las manos apoyadas sobre la mesa.

-- El menú del día, por supuesto. Tenemos un segundo plato de carne con patatas que está para chuparse los dedos.

José Luis comió con apetito. No había probado bocado desde el desayuno, es decir, desde las siete de la mañana. Cuando terminó con el exquisito flan de huevo casero que le sirvieron de postre, bebió un trago de cerveza, consultó su reloj de pulsera, y se limpió los labios con una servilleta de papel. Ahora sólo faltaba tomar su acostumbrado café con leche, pero decidió hacerlo en la barra del bar.

Capítulo 4

Luisa había oído voces en el vestíbulo de su casa. Era evidente que alguien acababa de llegar y sus padres le estaban saludando muy efusivamente. Animada, pensó que se trataba de algún vecino que venía a verla. Desde que sufrió aquella aparatosa caída en el patio del colegio, muchos compañeros y amigos, e incluso personas con las que había tenido muy poco trato, acudieron a desearle un pronto restablecimiento. Ella estaba encantada con todas aquellas visitas y procuraba mostrarse simpática. Después de todo, la convalecencia no le estaba resultando tan aburrida como había temido al principio. Tenía libros para leer, una radio, y, sobre todo, mimos, muchos mimos.

Al ver aparecer a su tío no pudo reprimir un grito de alegría. Sabía que sus padres habían hablado con él y le habían contado lo del accidente, pero si bien en su interior había conservado la secreta esperanza de que sus familiares se desplazasen a verla, no esperaba en realidad que su deseo pudiera verse cumplido. Y sin embargo José Luis estaba allí, a su lado, sonriente como siempre y con un paquete que a ella le pareció enorme, envuelto en papel de regalo y rematado con un lazo rosa. Después de llenar de besos a su tío, sus manos temblorosas abrieron el obsequio. Una exclamación de júbilo brotó de su pecho. José Luis sonreía con evidente satisfacción.

-- ¿Te gusta el regalo? ¿De verdad que te gusta? -- preguntó con una expresión casi infantil. Luisa exclamó:

-- ¡Si esto era lo que más ilusión podía hacerme en estos momentos!

Y examinó excitada el pequeño aparato reproductor de cd, provisto de auriculares acolchados y de un disco listo para ser escuchado. José Luis se apresuró a explicarle el

funcionamiento y le colocó los auriculares. Las notas de una canción muy de moda comenzaron a sonar en los oídos de Luisa.

José Luis y su hermano Antonio mantuvieron una larga conversación a solas. Antonio estaba preocupado por la salud de su hermano, sobre todo desde que Teresa le comentara la decisión que éste había tomado de no continuar acudiendo a la consulta del psicólogo. Si bien al principio Antonio consideró que las pesadillas de su hermano se debían a la fatiga y al estrés, más tarde el desarrollo de los hechos le hizo descartar esa posibilidad, y ahora estaba seguro de que lo que José Luis necesitaba era ponerse en manos de un psicólogo o de un psiquiatra; Y no dudó en exponerle su punto de vista, a sabiendas de que corría el riesgo de disgustarle. En efecto, José Luis no pudo ocultar el malestar que le producía aquel tema, mas se mantuvo firme en su parecer, asegurando a su hermano que nadie deseaba tanto como él acabar con aquel tormento, pero que estaba convencido de que ni la Psicología ni la Psiquiatría podían ofrecerle una solución. En un impulso, condicionado por el cariz que estaba tomando la conversación, le confió lo que en principio había guardado en secreto, esto es, la intervención de Nicolás en el tema. Antonio que era más escéptico aún que Teresa, se llevó las manos a la cabeza asustado y trató de que José Luis abandonara la idea de seguir los consejos de aquel individuo, y así se inició una discusión que hubo de ser zanjada finalmente cuando se hizo evidente que lo que había comenzado siendo un simple intercambio de pareceres, podía acabar desembocando en una acalorada disputa. Unos instantes después, se les unió Alicia.

-- Jesús, ¡qué emocionada está Luisa con el regalo! -- exclamó dejándose caer en un sillón.

José Luis se alegró de la oportuna llegada de su cuñada, que sirvió para relajar el embarazoso ambiente que se

Luces en la niebla

había creado minutos antes. Se había hecho tarde y tendría que apresurarse si quería volver a Madrid. La pequeña discusión con Antonio le había dejado mal sabor de boca, por lo cual, a pesar de la insistencia de sus familiares, se dispuso a emprender el viaje de regreso.